

BUEN HUMOR

MEMOROTTA 40 CENTIMOS
MUNICIPAL
MADRID



UNO QUE VA LEJOS

—Que sea enhorabuena, señora Patro; ya sé que su *chavea* ha *ganao* el "cros-cuntry". Ahora lo coloca usted en un Continental y *tié* la carrera hecha.

—¡Qué más quisiera yo; pero es tan *para*o!

Dib. AREUGER.—Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ

LO TAMOYO
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER y COMP^{LA}
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS



Pds 2⁵⁰, 4⁵⁰, 8⁰⁰ y 15⁰⁰ Frasco

El timbre a cargo del comprador

**FABRICA DE PERFUMERIA marca BELLEZA
BADALONA (España) de venta en
Perfumerías**

Recibiendo su importe, se manda franco de embalaje

Por fin
encontré
el perfume
que soñé

Indra Perla

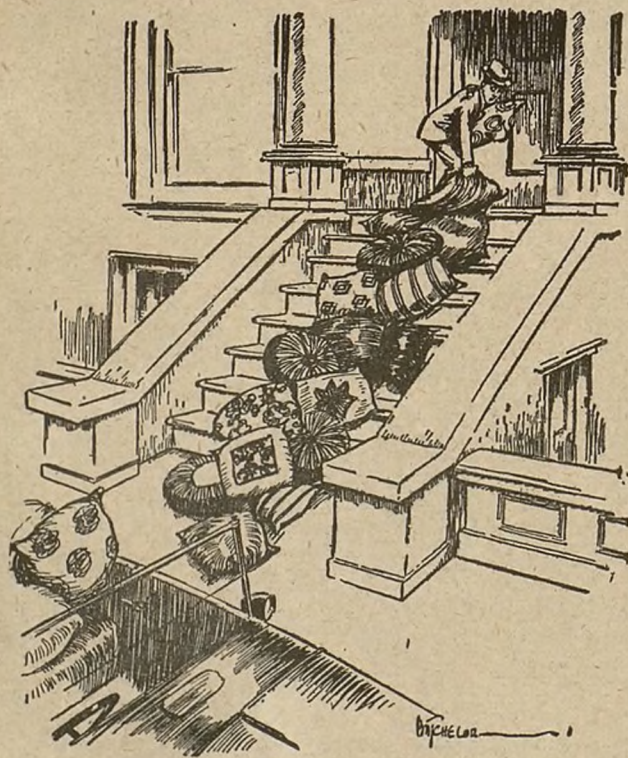
Collares, Gargantillas, Sautoires,
Pendientes, Botones de Pechera,
Adornos de Cabeza, Pulsera, Per-
las para Vestidos.

**SE COMPRAN ALHAJAS
Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º**

Hay ascensor.—Teléfono 14466

CLICHES

Se venden a precios módicos los
publicados en este semanario



*El novio pesimista que se prepara para pedir a la novia
(y hablar con papá).*

De London Opinion.

¿LO USARAS ESPOSO MIO?



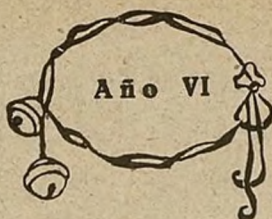
—Mira, esposo mío, cómo en seis días
han desaparecido mis canas con el acredi-
tado e inofensivo RHUM BELLEZA (a
base de nogal).

¿Por qué no lo usas tú también y reco-
brará tu cabello el color y vigor que antes
tenía?

Venta en perfumerías. Diploma de Honor

**Fábrica: ARGENTE HERMANOS
BADALONA (España)**

ESPECIALIDADES marca BELLEZA



UN CASO DE BUENA SUERTE



El amigo Aquilino Santurce era un hombre bastante miserable. Por eso, me extrañó sobremanera que aquel atardecer en que nos encontramos en el Círculo me invitase a tomar asiento.

No sé cómo, empezamos a hablar de los casos de buena y de mala suerte. Sé sólo que él me dijo:

—Nada más que una vez en mi vida he tenido lo que se llama buena suerte. Voy a contarle cómo fué, porque merece la pena de ser conocido. Verá:

Soy un buen padre de familia, y quiero a mis hijos como pueda quererlos el que más. He de confesar, sin embargo, mi predilección por Pepito. Pepito era el más pequeño, y este detalle tal vez pueda disculpar mi preferencia. Pues bien; ya sabe usted que a los niños no se les puede negar nada. Sólo así comprenderá que cuando me pidió que le llevase al circo no pudiera menos de complacerle. Saqué dos localidades de paseo, no porque sean las más baratas, sino porque el día estaba muy hermoso, y a la hora marcada penetramos en el local.

¡Qué contento el de Pepito! ¡Qué animación la suya ante el aspecto de luz y de alegría que ofrecía el circo!... Aún se me llenan los ojos de lágrimas al recordarlo...

Don Aquilino hizo una pausa. Luego volvió a hablar, con voz lenta, como el que evoca un penoso recuerdo.

—Desfilaban ante nosotros: el hombre que se traga una espada, el equilibrista de la sombrilla japonesa, el acróbata consabido y los payasos inevitables. Pero su entusiasmo llegó al paroxismo al anunciar un criado el último número: “el domador Martinoff y sus leones amaestrados”, y cuando dos minutos después éste apareció en la pista luciendo un vistoso uniforme, lleno casi todo él de condecoraciones rarísimas y portando azaz de unos bigotes gigantescos, una fusta. Pronto aparecieron las fieras: eran diez o doce y estaban dentro de una jaula que instalaron dentro de la pista. Nosotros casi podíamos tocarla con la mano.

Hubo otra pausa.

—Iban a comenzar su trabajo cuando, de pronto, uno de los leones, el de aspecto más feroz, en mi opinión, se dirigió hacia el domador como demandando o pidiendo permiso para algo; no sé para qué. Sé sólo que *monsieur Martinoff* se le quedó mirando con fijeza y le dijo:

“Esas cosas se hacen antes... Anda; sal fuera... Aquí, delante del público, no...; sería una indecencia... ¡Y que no vuelva a ocurrir!... ¡Cuidadito!”

El domador abrió la jaula y la fiera salió de ella, dirigiéndose a las cocheras. Al poco rato regresaba de nuevo. Pasaba cerca de nosotros cuando Pepito la llamó. Enton-

ces sobrevino lo insospechable, lo inaudito. El león avanzó hacia mi hijo, abrió las fauces, levantó la garra con un ademán rapidísimo y, en menos de lo que se tarda en contar, se lo comió.

—¿Que se lo comió?

—Sí, señor; se lo comió; así como suena. Y si no lo achaca usted a exceso de amor paternal, le diré que no debió de parecerle mal, por cuanto, al acabar, relamióse los labios. Fué una gran desgracia, pero, al mismo tiempo, la única vez que he tenido suerte.

—¿Que es la única vez que ha tenido usted suerte! ¿Está usted loco?

—Nada de eso—me contestó—. Estoy muy cuerdo. ¿No le he dicho ya que el león se comió a mi Pepito? Pues bien; ¿no comprende ya la suerte?

—No.

—Pues... ¡que me ahorré los gastos del entierro!...



Dib. SILENO.—Madrid.

MANUEL LAZARO

para cazar el canguro

ebúrnea. Pronto nos hallamos Sama y yo en una zona desértica en cuya calcinada arena se ven huellas de leones y de reptiles. Cerca de ellas encontramos una especie de raya honda y serpeante que al pronto no sabemos a qué atribuir. Después de largas meditaciones, comprendemos la causa de aquella extraña huella: se debe, sin duda, a que alguien ha pretendido trasladar un piano de cola de un lado a otro del desierto y, al arrastrarlo, la pata de atrás ha dejado esa señal misteriosa en la arena.

Continuamos nuestro camino más rápidamente esta vez, porque se acerca la hora del "vermouth".

A mediodía, Sama da un grito gutural y se tira de la corbata, gesto en él característico cuando quiere expresar sorpresa o hambre. Le ofrezco uno de los pirulís de la Habana que llevamos en el arqueta de las provisiones y lo rechaza con un gesto en el que hay energía y ramufobia.

—¡Mira!—exclama—. ¡El oasis!

Sigo la dirección de su dedo meñique y, efectivamente, distingo un oasis en lontananza.

Por desgracia, doce días después tenemos ocasión de comprobar que todo ha sido un espejismo biselado, y que lo que tomamos por oasis es una cáscara de plátano.

Continuamos nuestro camino, no obstante, dirigiéndonos amistosas bromas, pero renunciando a ellas porque Sama se ha molestado cuando, en un rasgo de humorismo, le he vaciado un ojo con un bambú de siete centímetros de radio.

Al caer la tarde, que en estas latitudes cae siempre de narices, nos hallamos por fin a la entrada de la selva virgen. Un cartel, clavado en el suelo, lo indica claramente:

**AQUI EMPIEZA LA SELVA
HAY BICHITOS**

Y sin detenernos, nos hundimos bajo la vegetación selvática.

Seis kilómetros más allá hacemos alto y café con leche. Yo me encuentro muy desfallecido, y gracias a que Sama me lee el menú de un banquete en el Palacio que lleva en el bolsillo, puedo enderezarme y recobrar fuerzas para acampar.

Armamos la tienda de campaña, y en colocar el mostrador de la tienda se nos pasan las últimas horas de la tarde. Ya brillan las luciérnagas en el asfalto de la selva cuando nos agazapamos junto a un arroyo y nos disponemos a esperar la llegada de los canguros. Para que éstos acudan, comienza a gritar unas extrañas palabras:

—¡4 por 100 Interior: Serie F, 69,70; D, 69,70; C, 69,65; B, 69,65; A, 69,65; G y H, 69,65!

Comprendo en seguida que lo que grita a voz en cuello mi compañero son las últimas cotizaciones de Bolsa, y comprendo también su intención: como los canguros tienen una bolsa donde meten a sus crías, todas las cuestiones relativas a la bolsa les interesan mucho. Y, efectivamente, seis canguros aparecen atraídos por los gritos de Sama y por las cotizaciones. Los estudiamos detenidamente.

El kanguro es un animal que anda igual que los hombres que no tienen dinero: a salto de mata. Sus manos son cortas, y sus patas, largas.

Comúnmente, no utiliza más que las patas y se sostiene con la cola y con hierbas y legumbres. Tiene dos ojos,

y sólo de tarde en tarde nace un canguro miope. Así que lo estudiamos, Sama y yo nos lanzamos tras ellos y con fiereza bretona logramos echar el guante a uno.

Desde aquel momento puede decirse que la caza está terminada, porque el canguro es un animal muy tímido y no permite al cazador aproximarse. Ahora que, una vez aproximado, su timidez se cambia en amabilidad, y el cazador hace de él lo que quiere, incluso un guisado.

Por eso, Sama y yo decidimos rápidamente. Yo me introduzco en la bolsa del animal, Joaquín se sube encima de él y, después de colocarle en el cráneo el taxímetro que traemos a prevención, gritamos al canguro:

—¡A casa!

Tres horas después estamos de regreso en el Hotel-Balumba.

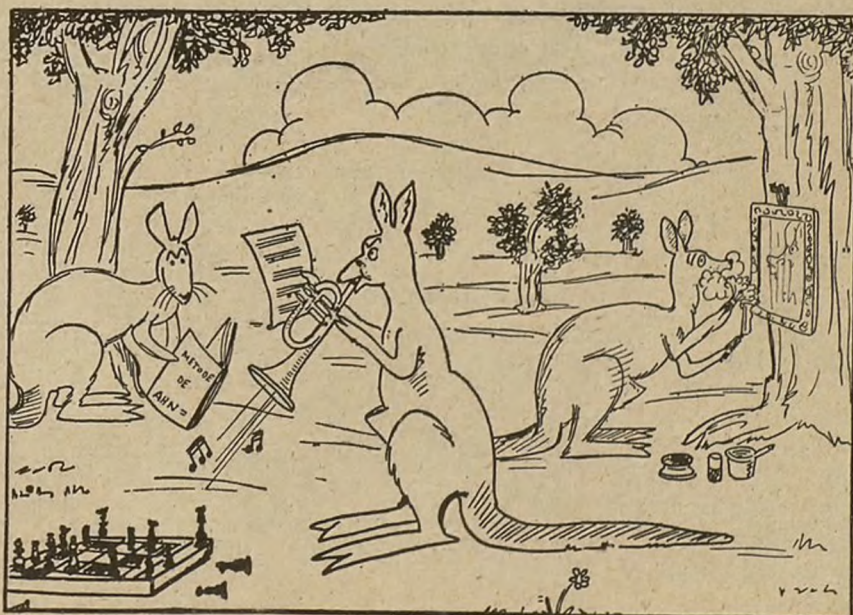
El taxi ha marcado trece pesetas con veinte.

Seguiremos transmitiendo noticias relativas al homenaje en nuestro honor.

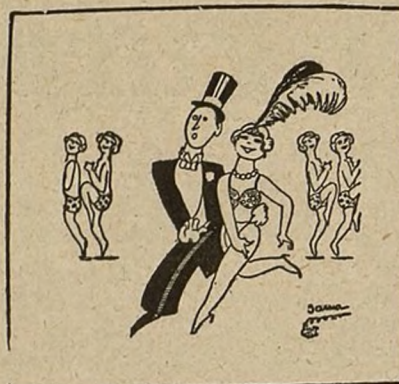
ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Africa del Sur, abril de 1927.

(Información gráfica, tomada al oído, de Joaquinito Sama (a) "El Gafas".)



Canguros solteros dedicados a frivolidades faciales. Para sorprenderlos en la intimidad, Sama tuvo que disfrazarse de piedra y acercarse a los canguros rodando por una cuesta abajo.



La Argentinita de Maravillas y las maravillas de la Argentinita. (1)

La Argentinita es propietaria; y además de propietaria—que ya es grave—, algo más grave aún: casera. Si será encantadora Encarnación que, a pesar de esas dos razones abominables y diez veces más diez aborrecibles, seguimos admirando a Encarnación y creyendo que es uno de los temperamentos más gentiles, en las tablas y fuera de las tablas—dicho sea esto de “las tablas” en el sentido teatral y no en el tauromáquico.

De tal manera la efusión del corazón y la adhesión sin restricción de toda nuestra gran admiración pertenece del todo a Encarnación, que decidimos la otra tarde ofrecernos como inquilinos.

—Doña Encarnación, por Dios, ¿nos permite usted alquilar un pisito?

—¿Cuál de ellos?

—El principal, a ser posible.

—Tengo dos.

—¿Dos principales? ¡Oh!... El principal es siempre el del lado izquierdo.

—Ese está ocupado...

¡Santo Dios!...

Pensamos darle una gratificación a la portera a fin de que nos avisara enseguida si es que, por un casual, se le desalquilaba el principal a la señora. Pensamos tirarnos de cabeza desde la azotea de su casa...; pero en aquellos momentos no teníamos cabeza para nada... Pensamos muchas cosas y acabamos, como siempre que se piensa demasiado, por no pensar nada...

Sin embargo, nos ha quedado aquí, donde hubo de llevarse en otros tiempos el reloj extraplano, una nostalgia, una añoranza, una melancolía de inquilino imposible.

Supongo que a ti, lector, te habrá pasado otro tanto; porque la Argentinita es, ¿cómo decirlo?, “la novia estrella” o la “estrella novia”, como quieras.

Esto necesita explicación.

La admiración por las artistas varía de calidad y de carácter según la modalidad especial de cada una. Las admiramos por estatuarias, por elegantes, por científicas, por... *anatómicas*, por locas... y hasta por animales.

Hay, en efecto, algunas bailarinas que nos parecen potrancas... Dan ganas de enjaezarlas y... Bueno; admiraciones de este jaez... Admiraciones que pudiéramos llamar de contrabandista: los dos amores de la vida, la jaca y la mujer, y no saber a ciencia cierta—ni falta—cuál es la una y la otra.

Dentro de la *zoología coreográfica* hay otras que parecen pavos reales o, cuando menos, palomas. Son las opulentas, engreídas, marchosotas y carnicerotas... Se aupan en los tacones; cimbrean—o “cambrean”—el riñón; alzan la grupa; se suben—cuando pueden—el vientre a la garganta, y enarcan el buche. ¡Y oí!... Con esto y con un pisar como berrendo que sabe marcarse un pasodoble, ¡ya está! Surgen el rugido. Se le tira el sombrero, la capa, el pantalón... Se le aulla un piropo a su madre, otro a su padre, otro a las virtudes más salientes de la hija y... ¡vaya cardo! Ella, inflada, sale haciendo la pichona y nosotros el palomino, el pavo, el pato, el ganso, el indio.

Por más que no: el indio lo hacemos con otras bailarinas, con las bailarinas eruditas. Las bailarinas eruditas escogen siempre la India para documentarse. Se hacen sacerdotisas de Buda—¡caprichos que *tié* una!—y bailan siempre de lado, como si estuvieran pasando por la cornisa de una fachada, pegaditas a la pared; clase de baile que, fuera de la India, usamos también en Occidente cuando llegamos tarde al teatro y tenemos que pasar

por toda una fila de butacas hasta llegar a la nuestra.

Así, cada bailarina tiene su atractivo, y según el carácter de ese atractivo pensamos—o soñamos—de diferente manera. “Esta debiera poner una Academia de Historia orientalista; aquélla debiera poner una Academia de Gimnasia; la otra debiera poner nos piso; la de más allá debiera irse todavía más allá..., etc., etc...” Con Encarnación pensamos: “Debiera ser nuestra novia”...

Pero no una novia cualquiera, no; una novia para declararnos en papel modernista de color y diciéndole: “Señorita; desde el momento en que la vi...”

No he sabido nunca por qué me ha parecido siempre Encarnación la “hija de familia”, la “burguesita” de las *varietés* españolas. ¿Quizá porque sabe francés, y esto nos ha hecho suponerla educada en algún convento burgués?

No sabemos bien. Ella es castiza, garbosa y admiradora de la fiesta de los toros... Sí, sí; desde luego; por supuesto... Nosotros, aunque la llamemos “hija de familia” y “burguesita”, no la queremos ofender.

Muy al contrario; después de pensarlo un poco, se nos está ocurriendo

(1) La Argentinita actúa en Maravillas. ¡Maravillas! Como adjetivo, le cuadra perfectamente a Encarnación; como sustantivo castizo y madrileño, le cuadra igualmente.

Estamos desde hace mucho tiempo queriendo dedicar a la Argentinita una plana —la Plana Mayor— de este periódico, en la que aparezcan no elogios, ni divagaciones, sino ella, unos retratos de ella; pero nos ha dicho el fotógrafo que a Encarnación no se le pueden sacar fotografías porque las placas se impresionan demasiado... ¡Hasta las placas!... No renunciemos, sin embargo: otro día será. Entretanto, vayan esos desahogos del cronista.

que, tal vez, provenga esa característica suya de dos cosas: de su finura y del diminutivo de su nombre.

Es ella tan modosa y tan "apañadita"—como dicen las coplas andaluzas—; tan sin desplantes ni descoco en los modales, que nos parece siempre y ante todo una "mocita"—como dicen también los andaluces.

No se nos ocurre—aun siéndolo—llamarle "buena moza"; tiene más que de buena moza, de mocita.

A ello contribuye, sin duda, el llamarse *Argentinita*. No es la Argentina—prescindiendo de Antonia Mercé y comparaciones aparte—, es la Argentinita. Con el diminutivo va la idea no de pequeñez, ni de disminución; sí de gracilidad, de simpatía cariñosa, de piropo a lo gentil a la "niña bonita", como dicen. Baile flamenco o can-can jota—esa jota suya de una delicadeza ejemplar, tan sutilmente castiza y tan sutilmente irónica a un tiempo—, siempre su belleza y su arte excluyen lo bravío, lo apasionado, lo anormal, lo dramático y "jondo" de las casticistas, así como lo estudiado y metódico de las bailarinas académicas. Ella es la naturalidad y la gracia recatada y sencillísima... En lo andaluz nos parece, más que Córdoba, la sensual, o que Granada, Sevilla, la Giralda... Y precisando, nos parece, más que andaluza, madrileña... Del Madrid airoso y sencillo...

Por todas estas razones y otras que iríamos encontrando si nos pusiéramos a ello y nos pusiéramos serios, resulta que la Argentinita es—quiera o no quiera—la bailarina que recomiendan a sus hijos y educandos todas las madres de familia y todos los colegios de Escolapios. "Andad, hijos míos, andad... Y ahora que os vais de vacaciones, no veais, por Dios, a nadie más que a la Argentinita."

Y es por eso: porque los colegiales—lo mismo que los mayores—sentirán que se les despierta el amor al ver a la Argentinita; pero será un amor de novia, a la novia; amor de declaración por carta; amor que va a primera fila de butacas como pudiera ir a la acera de enfrente a pasear la calle y ver, tras de los cristales, cómo se recata una ilusión detrás de los visillos...

Nosotros queríamos un cuarto en su casa para eso: para tener la ilusión de que habíamos siempre de encontrárnosla en la escalera... Ella, casera amable, se interesaría por el funcionamiento de la finca; y nosotros aprovecharíamos las preguntas para madrigalearla en diálogos de teatro.

—¿Tira el fogón?
—Por Dios, Encarnación; yo no sé nada: no lo uso.
—¿Come usted fiambre?
—Fiambre me verá usted dentro de poco si no se asoma usted a la ventana para darme los buenos días.
—Oh, me asomaré desde mañana; pero, criatura, coma usted caliente.
—Ni caliente ni frío: no como, Encarnación.
—¿No come?...
—No: ni duermo.
—Pero, ¿por qué, hombre de Dios?
—Porque pienso en usted...
—¿Eh?... ¡qué bien traído!
—Y el termosifón, ¿cómo marcha?
—Le diré: a mí, sifón ni para el vermito, ¿comprende?; no lo gasto. Y termo, la verdad, no me hace falta:

con el volcán que tengo aquí en el pecho, en cuanto me meto en el baño comienza a hervir el agua...

—Ah, ¿pero usted se baña?

—Para ver si apago el fuego que ha encendido usted en mi alma.

La vida así daría gusto...

—Señor Abril—me diría la portera—me ha dicho la señorita Encarnación que esta noche se debe de haber dejado usted abierto el grifo de la fuente, porque hay una gotera en el piso de abajo.

—Dignísima portera, dígame usted a la señorita que ese agua no es agua, que son lágrimas: las lágrimas que vierto por las noches pensando que vivo en mi piso y no en el suyo...

La vida de este modo sería un madrigal inacabable. MANUEL ABRIL



—¡Caramba, se me acabó el tabaco; qué bien me sentaría ahora una buena picadura!

Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

CHARLAS DOMINICALES

En cierta ocasión preguntaban a un lord de Inglaterra:

—¿Qué mujeres os gustan más, Sire: las que hablan mucho o las otras?

—¿Qué otras?—respondió, con sorna, el inglés.

¿Tiene gracia el cuentecito?...

Lo que tiene es mala intención. Los hombres llamamos *habladoras* a las mujeres, siendo nosotros mucho más *charlatanes* que ellas.

No es la mujer; es el hombre quien se muere por hablar.

Y esto de *se muere* no es un tropo.

Cierto general teutón cayó muerto, pero *muerto de veras*, ante la estatua de Bismark por no poder *desembotellar* su discurso.

La crisis parlamentaria ha traído la epidemia de las Conferencias.

¡Ciento veinte diarias se celebran actualmente en Madrid!

¡Y en Europa, no digamos!

Cuando, ha poco, leímos que se aplazaba la Conferencia del Desarme, lo dudamos.

¿Suspenderse una Conferencia?...

¡Será la única!—nos decíamos.

Y es que la verborrea triunfa en todas partes. Sobre todo en esta villa del loro y del madroño.

El hecho es evidente.

Los conferenciantes se *multiplican*...

Los oyentes se *dividen*...

Los azucarillos suben de precio...

¿Qué hacer en momento tal?...

Muy sencillo. Inaugurar en BUEN HUMOR estas "Charlas", que, por ser dominicales, serán *festivas*.

¡Que haya una "Charla" más, qué importa al mundo!

Es preciso seguir la moda masculina.

Las *dos modas* masculinas, mejor dicho.

¡Muy pronto el hombre será un animal de pantalón *corto* y lengua *larga*!

¡Descubramos las rodillas y hablemos por los *codos*!

Aquí, por lo del buen callar, no nos llamamos Sancho.

Ni, por lo de mudos, hemos nacido en Mudela.

Nosotros somos de Parla.

Y vamos a darle a la sin hueso, hablando de todo lo humano y lo divino.

Conque... ¡atención, radioescuchas!

Ante todo, conste que estamos en el secreto respecto del verdadero origen de Colón.

Colón (y no sabemos cómo no se les habrá ocurrido antes a los eruditos) nació en Colombia. Colón era americano; y lo que hizo Colón fué descubrir Europa.

América se aburría en su soledad, sin que nadie la descubriese. Los yanquis sentían unos deseos inmensos de visitar París. Pero ni una rata llegaba a las playas americanas.

Por fin, Colón se decidió un día a salir de Colombia, diciendo a su madre estas frases, dignas de una carabina: "No tema usted nada, señora: me voy, pero en seguida vuelvo con la "Niña".

Y, efectivamente, con la "Niña" volvió del paseo, demostrando una seguridad de orientación pasmosa.

¡Claro, como que conocía ya el camino! ¡Buen cuidado tuvo de ir soltando a la ida tapones de corcho, que

le indicarian luego la ruta de vuelta!

¡Así llegó él de ufano!

¡Y dándose un *pote*!...

Esto del *pote* fué lo que dió lugar a que se le creyera gallego.

Pero ¡qué había de serlo!

Esas son cosas que inventa Linares Rivas.

Colón fué colombino.

Y Cármen de Burgos Seguí (*Colombina*).

Lo demás son ganas de Pinzonear.

Y de sacar La Cosa de quicio.

Pero hablemos de fútbol, si a ustedes les parece.

El campeonato ha terminado con el triunfo de las huestes de Gamborena y René Petit.

¡Y es que es muy grande Petit!

(Aunque parezca una paradoja.)

Por cierto que los del Barcelona han *cochado*. No como profesionales, sino como víctimas del Arenas.

¡Y lo raro no es que haya *cochado* un *Samitier*!...

¡Lo verdaderamente insólito es que haya *cochado* un *Sastre*!

Pero en esto del fútbol y de los futbolistas pasan cosas muy *chirenes*, como dirían los guechotarras.

Uno de los *porteros* que más se han distinguido en el campeonato ha sido Jesús, el guardameta del Betis.

Y es lo que nosotros decimos: "Nada más natural. Lo lógico es que Jesús *esté en todas partes*."

Y además tiene los grandes antecedentes para ejercer bien su profesión porterial.

Como todo el mundo sabe, ¡¡¡Jesús nació en un portal!!!...

(Y conste que aceptamos el *penalty* correspondiente)

En lo que va de semana no se ha estrenado ninguna nueva obra de Azorín.

¡Descansemos en paz de muertes, fantasmas, aparecidos y demás *fiambres*!

¡Y aún dice el pequeño filósofo que el superrealismo es el Norte del teatro moderno!...

¿El Norte?...

¡Más bien el "Este"!

LUIS DE TAPIA



Dib. ESCOBAR.—Madrid.

—Ya ves tú lo que es el mundo, antes mandábamos a todo el mundo a la porra y ahora la porra nos manda a nosotros.

ONYX DENTIFRICO
insuperable



El transeunte.—Caballero: dése usted prisa, si quiere que aparezca su nombre en los periódicos de la noche.

Dib. BERGSTROM.-Niza.

EL MUÑECO PERFECTO

I

Confieso ingenuamente que permanecí embobado durante largo rato ante el escaparate en donde estaba expuesto. Confieso también que una vez que hube salido del éxtasis admirativo, mi primera y única idea fué la de adquirirlo, sin que ni el temor a su coste, seguramente excesivo, ni la incertidumbre del destino que había de darle una vez adquirido, fueran motivos suficientes para hacerme desistir del empeño.

Penetré, pues, en el establecimiento e inquerí su precio.

—Muy barato, señor. Voy a ver qué marca.

Mientras el dependiente preguntaba a otro cuánto era lo más que podía pedirme, examiné de cerca y detenidamente al muñeco. ¡Oh, era admirable! Resultaba tan proporcionado de miembros y tan correcto de facciones, que más que un juguete parecía una persona con cuerpo y rostro de muñeco. Tenía los ojos grises y bellos, la boca sonriente y la nariz graciosamente deforme.

—Cuatrocientas pesetas, señor. Muy

barato. Fijese: anda, abre y cierra los ojos, dice *papá* y *mamá*, mueve la cabeza y los brazos... Es graciosísimo. ¿Quiere el señor que se lo envíe a su casa o se lo envuelvo ?

II

No recuerdo cómo surgió en mi cerebro la disparatada idea de hacerle hablar; lo que sí recuerdo, por el mucho asombro que el hecho me produjo, es que, después de algunos días de repetirle la misma palabra incesantemente, oí cómo sus labios de trapo

pintado, haciéndose eco de los míos, la pronunciaba también.

Aquella palabra —oh, inmodestia— era mi nombre:

—Pe-pe... Pe-pe... Pepe...

Animado por este primer éxito, continué la labor educadora y a la primera palabra se unieron otras que, tras de algún tiempo, llegaron a formar frases perfectas.

—Quiero sentarme—decía el muñeco.

—Dame aquello—pedía.

—Cómprame un traje—me ordenaba.

Colúmpame en tus piernas—gritaba autoritario.

Les juro que era como un niño, como un niño travieso y pedigüeño.

III

Era tan inaudito el caso, que la duda, en sus diversas manifestaciones de burla, de indiferencia o de obstinación denegatoria, se adueñaba de todos los que iban enterándose del prodigio. Para convencerlos, era necesario que el muñeco hablase ante los incrédulos, y aún así, triste es reconocerlo, la mayoría se encerraba en una desconfianza absurda, de la que no lograba sacarles ni la realidad misma.

Ella también se mostró desconfiada.

—Eso es una broma tuya—me dijo.

Y únicamente cuando el muñeco dijo: "Buenos días, ¿cómo sigue usted, señorita?", creyó en el milagro.

—¡Es asombroso! ¡Un muñeco que

habla como si fuera una persona! ¿No será el Demonio?

—¡No es el Demonio, so estúpida!

—le repuso el juguete.

—¿Has oído? Me ha contestado.

La advertí que el muñeco podía, gracias a mis lecciones, sostener una conversación.

—Pregúntale cómo me llamo.

—Te llamas —contestó el muñeco sin esperar mi interrogación—, te llamas Adriana, pero te haces llamar Olga, porque lo crees más elegante. Y eres la novia de Pepe. Estoy enterado de todo. Sé que eres celosa, que te gustan demasiado los bombones, que te entusiasman las flores, que estás convencida de que eres guapa, que te empeñas en no enterarte de que eres tonta...

Con mi mano derecha tapé la boca al muñeco. Pero la vocecita, aunque más débil, continuó:

—También estoy enterado de que te enamoras de todos los galanes cinematográficos... ¡Y de que eres muy cursi!

—¡Mándale que se calle!

—¡No quiero callarme! No me callaré; aunque me lo mande! ¿No decías que yo no hablaba? Claro, ¿cómo te va a caer en la cabeza una sola cosa razonable? Sería más extraordinario que mi palabra. Lo que hace falta es que éste (me señalaba a mí), se convenza de las verdades que digo. Le va en ello la tranquilidad futura. Claro que yo creo que no se casa contigo, pero como los hombres son capaces de realizar tantas tonterías...

Fueron inútiles todos mis ruegos, todas mis súplicas se estrellaron contra su indignación.

—Te prometo que no sucederá más, Olga. Romperé el muñeco. No te vayas.

Se fué. Al siguiente día recibí una carta lacónica en la que se despedía para siempre de mí.

Loco de rabia pegué al muñeco, le arañé... Estuve a punto de despedazarle.

—Eres un desagradecido. Si tú supieras el favor que te he hecho... No volveré a hablar más, te lo juro—me dijo.

Y ha cumplido su promesa. Hoy es un muñeco como otro cualquiera.

IV

¡Ah! Se me olvidaba advertir algo muy interesante y hasta ahora desconocido para todos: soy un ventrilocuo admirable. JOSE SANTUGINI



Dib. JOSÉ ALFONSO.—Zaragoza.

El baturro (al dueño de la tienda).—¿Es usted D. English Spoken?

MUY RAZONABLE

*Recibo, redactada
por Aníbal Guerrero,
esta misiva, y quiero
dejarla aquí copiada.*

Distinguido señor mío:
Como yo nunca me río
porque me gasto un geniazo
capaz de darle un tortazo
a Uzcudun, pongo por tío,

y hago con tales humores
a mi rango los honores
pues soy antiguo sargento
que nunca salió del ciento
veintitrés de Cazadores,

los chistes que usted edita
no me hacen gracia maldita
según bien comprenderá;
mas por eso mismo va
esta carta a usted escrita

que en serio ha de ser tomada,
donde en forma compendiada
trazo unas observaciones
que hice en las evoluciones
de esta vida aperreada.

Le expondré un caso sucinto:
al mozo que va al recinto
del cuartel por vez primera,
¿por qué si es persona entera
se le ha de llamar quinto?

También, si algún gran talento
realiza un descubrimiento
con tesón y fe que alabo,
¿por qué lleva su obra a cabo
y no la lleva a sargento?

Dígame usted francamente
si no parece evidente
que, en justicia y en razón,
al formar la *División*
se llame al rancho *el cociente*;

y grande ventaja hubiera
en que ésta inexacta fuera
para que, en gallardo gesto,
se pudiera "echar el resto"
cuando el caso lo exigiera.

Jamás pude tolerar
ese constante engañar
al recluta en la instrucción,
ya que en cualquier dirección
oye que "de frente, mar".

Asimismo, me revienta
y aun de fijo le violenta
al de lógica más falto,
que se pueda decir "¡alto!"
a un hombre de 1,50:

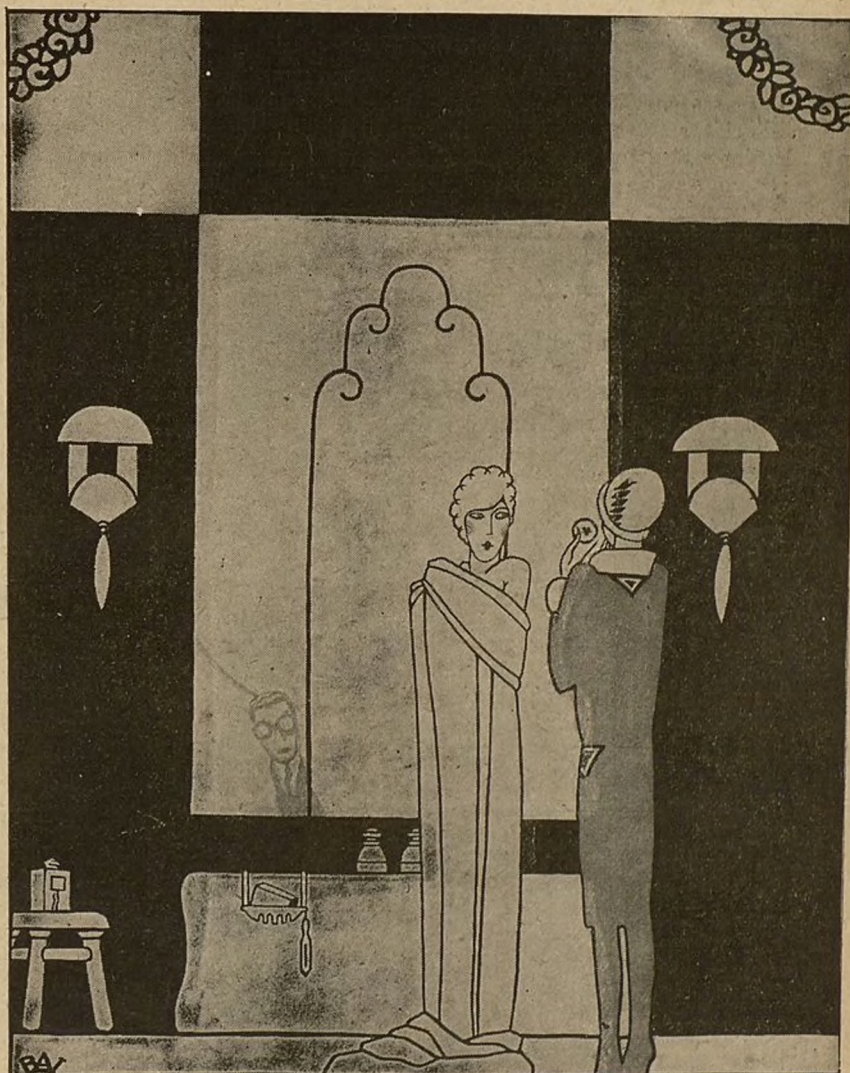
y el absurdo de exigir
que "apunten", me hace sufrir
porque me pongo a pensar
qué diantre podrá *apuntar*
el que no sepa escribir;

en cambio, mejor sería
que cuantas veces al día
el reglamento lo manda,
en vez de tocar la banda
tocase... la lotería.

En fin; para no cansar:
mientras yo he de procurar
con incesante atención
que haga la tropa instrucción
para que aprenda a formar,

me saca de mis casillas
ver ahora tantas chiquillas
bastante indisciplinadas
¡que tienen las pantorrillas
perfectamente *formadas*!

MIGUEL-A. CALVO ROSELLO



Dib. BAI.—Madrid.

—Oye, Julín: ¿por qué tomas tantos baños al día?

—Muy sencillo; porque el médico me recetó baños de mar, y yo, por no salir de casa, tomo... la mar de baños.

Un olvido inexplicable

Un día estaba yo leyendo un periódico en el Retiro. — mi lado, en el mismo banco, un señor gordo y pálido, que lucía unos guantes demasiado amarillos, canturreaba la edificante historia "La provincianita". Frente a nosotros, tres curiosísimas señoras de mármol blanco jugaban con Campoamor a las cuatro esquinas, bajo los árboles rociados de primavera. Y sobre este trípode poético — tango. Campoamor, primavera —, mi corazón, un pobre corazón de lector de *El Noticiero del Lunes*, palmo-teaba, gozoso.

Pero — como muy certeramente ha dicho Jardiel Poncela — "el corazón atefado en el sentimentalismo siempre se deja deschitar por la cardufa gris de los busdongos" y por esta sola razón, mi gozo se fué oscureciendo a a medida que mi vecino de banco destilaba de "La Provincianita" ese jarabe de melancolía que encierran todos los tangos argentinos. Y, luego, cuando aludiendo a cierto episodio de la vida de "Provinciana" sollozó este delicado enfemismo:

"Y la muchacha rodó
una noche en el Maipú
entre un tango y un fox-trot".

sentí que el llanto cosquilleaba en mi nariz, trepando hacia los ojos.

Afortunadamente, el señor de los guantes demasiado amarillos dió por terminado el tango con la evocación de tan lamentable suceso, y, entonces, la negra pesadumbre que me cubría se cerró de golpe sobre mí, como un paraguas. Volvía a ser dichoso, y confieso sinceramente que hasta llegué a pensar en determinada rima de Bécquer.

Pero de pronto se nubló mi felicidad. Era el señor de los guantes amarillos que, con una mirada oblicua y cautelosa, tangente a mi hombro, se disponía a leer mi periódico. Yo había terminado ya la plana que se me iba a escamotear; pero no me decidía a pasarla. Mi maldita timidez susurraba a mi oído: "Este señor, desinteresadamente, acaba de obsequiarte con una bella canción. Ahora tiene el interés en leer tu periódico, y no debes retirarlo. Sería una desatención imperdonable". Y no lo retiré; no me

atreví a retirarlo. Conservando la misma postura en que fuí sorprendido, envarado, tieso, rígido como un atril, dejé que mi compañero de banco leyera cómodamente.

Transcurrieron unos minutos. El señor de los guantes demasiado amarillos continuaba estafándose el periódico. Mi timidez me animó: "Un poco más todavía le en valor; que acaso esté ya a punto de terminar." Pero no pude resistir más, y atrapando en el periódico aquella mirada allanadora, me volví col calma y se la envainé en los ojos a mi vecino.

Este, en aquel momento, leía con fiado y su rostro tenía la misma inefable expresión de ingenuidad con que los cochinitos muertos fuman su rama de perejil en los escaparates de las tabernas. Tal deliciosa expresión, que suscitó en mí una viva simpatía, tuvo la oportuna virtud de contener la protesta que iba a salir de mis labios. Y quedamos mirándonos, frente a frente, en silencio; yo arrepentido, él tenuamente sonrojado.

El señor de los guantes amarillos habló el primero, rizando estas palabras en una afable sonrisa:

—Es interesante, ¿eh?... Ya lo habrá usted visto ahí, en la segunda columna: Han salido 164 nuevos oficiales de Telégrafos y de ellos he podido observar que 64 se llaman Manuel o José. Pero lo más notable es que no hay ningún Juan y sólo hay un Pedro... ¡Parece mentira que pueda darse casualmente una tan fácil asociación de ideas! Fíjese usted: 1 Pedro junto a 0 Juanes, hacen 10, que multiplicado por las 10 letras que tiene la palabra *telégrafos*, da 100. Ahora ya está: 100, más las 6 letras de Manuel junto a las cuatro de José, igual a 164. ¿qué le parece a usted?

—Maravilloso — opiné, profundamente admirado de tan curiosa filigrana estadística —. Sencillamente maravilloso.

—Es la Mnemotecnia, señor mío; la Mne-mo-tec-nia.

—¡Claro ... sí ... naturalmente!

—confirmé al instante, aunque con ciertas reservas mentales, sin embargo.

Tal vez porque mi reciente amigo encontrase estas palabras demasiado vagas, o más bien por el vanidoso prurito de hacerme saber hasta dónde



El.—Oye: ¿es amigo tuyo ese que te acaba de dar
Ella.—No lo sé; todavía no lo he encendido.



caba de dar el cigarrillo?
cendido.

Dib. RIBAS.—Madrid.

llegaban sus portentosas facultades, el hecho es que, tras acariciarse amorosamente la barbilla, continuó hablándome de Mnemotecnia. El consideraba esta ciencia como algo indispensable para andar por la vida. Creía que con ella la Humanidad llegaría a poder prescindir de las libretas de apuntes y hasta de las enciclopedias; porque gracias a los empalmes mnemotécnicos de ideas era facilísimo recordarlo todo. Así él, por seguir las normas de esa ciencia, no se olvidaba jamás de nada. Por eso recordaba, por ejemplo, que llovía en Madrid cuando "Gallito" murió en Talavera; pues había encerrado la idea de la lluvia, *agua*, en los *jarrones* de Talavera. Y así lo recordaba todo; todo. Durante más de una hora me estuvo asombrando con sus ejemplos de aplicaciones mnemotécnicas. Y, al final, para colmo de mi admiración, me ofreció esta muestra insuperable:

—Veintitrés incendios hubo en España y posesiones africanas el día que se suicidó Felipe Trigo. Vea usted qué fácilmente se recuerda: Un Felipe famoso, *Felipe II*, nos da el 2, la palabra de 3 letras *pan*, lógicamente derivado de Trigos, nos da el 3. Después sólo hay que anudar estas ideas: Felipe, Felipe II, El Escorial, Son Lorenzo, la parrilla, el fuego y los incendios.

—¡Qué interesante pesquisa!—elogié en un rapto de entusiasmo.

—¡No! —rehusó modestamente—. No tiene interés. Es sencillísimo. Mire usted este otro: El premio gordo de Navidad, en 1903...

Y me maravilló con más ingeniosas ensambladuras de recuerdos. Aquel hombre era un fenómeno inaudito; un fichero humano, una máquina registradora..., ¡qué sé yo! Me parecía extraordinariamente asombroso cuanto acababa de oír. Y, sin embargo, no era todo. Aun me anunció el señor de los guantes esta decisiva experiencia:

—Por si usted creyera que le engaño, ya que no puede comprobar de momento muchas de las cosas que le dije, voy a repetirle ahora los nombres y apellidos de los telegrafistas tal como están en el periódico. Se los diré del primero al último, del último al primero, saltados, por orden alfabético, de tres en tres, de diez en diez... Como usted quiera.

Y lo hizo. Sí lo hizo. Bien sabe Dios que esta es la verdad. Todos los repi-

tió; todos, sin dejar ni uno. Y los dijo tal como venían, y a la inversa, y saltados, y alfabéticamente, y de diez en diez... Aun me parece oír su voz firme y decidida: Julio López Castillo, Manuel Sánchez Torres, José Martín San Juan...

Recuerdo que, al terminar, le abracé entusiasmado.

Ya atardecido nos levantamos y echamos a andar hacia la salida. El Paseo de Coches estaba solitario. Su larga acera, que se afilaba a lo lejos blanqueando entre los árboles, ya oscuros, parecía marchar también hacia la puerta. Desde la Casa de Fieras, un león arrancaba al silencio las virutas onduladas de sus rugidos.

Hablando sin cesar de Mnemotecnia, llegamos a la plazoleta de Martínez Campos. El señor de los guantes amarillos miró al general de bronce un momento y, súbitamente, se llevó a la frente una palmada, que podía parecer, a primera vista, un saludo militar. Pero debió ser la aguja indicadora de un recuerdo porque en seguida exclamó:

—¡Mi bastón, mi bastón! ¡He olvidado el bastón!

Y mientras yo trataba de averiguar el engranaje de aquella asociación de ideas—un general bien puede suscitar la de un bastón, con Borlitas de oro—, el hombre-fichero echó a correr hacia el lugar en que nos conocimos. Yo le seguí, desencantado.

Cuando, ya él de regreso, nos encontramos, advertí que no traía bastón.

—Se lo han robado—pensé.

Pero, para mi absoluto desencanto aun era más terrible la verdad, que mi amigo confesó con sinceridad enternecedora:

—Es estúpido, caballero; estúpido. Le parecerá mentira. Pero es el caso que, al llegar al sitio donde estuvimos, recordé que no había traído bastón.

Y, avergonzado, huyó por un paseo transversal. Al remar de sus brazos, los guantes—demasiado amarillos todavía—segaron las primeras sombras de la noche.

No le he vuelto a ver más. Pero sí me enteré—por casualidad—de que aquel señor de los guantes demasiado amarillos jamás había tenido bastón.

SAMUEL MURIN

La boda del novio desconocido

Todos los días leo meticulosamente las planas de anuncios de los periódicos en busca de uno que diga: "Pérdida. Desde el siglo XVI al XX se ha perdido carácter castellano recio, hosco, justiciero. Se gratificará al que lo encuentre." No lo he hallado. El tipo de castellano vernáculo—recio, hosco, justiciero—, ese tipo hecho de amores y sacrificios, que tantos héroes y tantos ripios ha originado, no se ha perdido. Pasa con él como con los billetes de más de cinco duros. No

los vemos. Pero existen. El Sr. Fructuoso, mi vecino, es uno de ellos.

La tragedia de que ha sido barba el Sr. Fructuoso es de las que erizan el pelo a un altavoz. En la Edad Media hubiera llegado a las cien representaciones sin claque.

Tiene el Sr. Fructuoso una hija, que la pobre, algo cargada de espaldas, si lo es; y renquear, cuando anda, renquea; y los ojos parece que los ha adquirido en las cuevas de Manacor, en lo estalactíticos y estalagmíticos. Pero,

aparte de estas cosillas, la chica es un verdadero sol. Llámase esta criatura—que todas las primaveras sufre una erisipela copiosísima—Gumersinda, como su madre.

Hasta la primavera pasada, la vida de Gumer había carecido de todo contenido sentimental. Criada con celo inigualable, ignoraba todas esas dulces alternativas de un noviazgo. Como no sabía hacer nada, porque la infeliz en cuanto fregaba un plato tenía un derrame sinovial, pasábase la vida sentada cerca de la ventana escuchando la radio.

Un lunes abrilero—como en la epopeya—cruzó por delante de la ventana Manolo. Los almendros estaban en flor y la erisipela en todo su apogeo.

—No sabía yo que estuviéramos en la época de las sandías—susurró Manolo dirigiéndose a Gumer.

Naturalmente, dos minutos después Manolo y Gumersinda eran novios, y quince días más tarde el Sr. Fructuoso planteaba la cuestión de la boda. Manolo, hombre decente a carta cabal, aceptó emocionado. Gumersinda tuvo la suficiente entereza de oponer algunos reparos sobre la celeridad con que se llevaba el asunto.

—¿Por qué tan pronto?—preguntaba la inocente a sus padres. Vosotros no os casásteis hasta llevar veintidós años de relaciones. Me acuerdo que yo tenía entonces catorce.

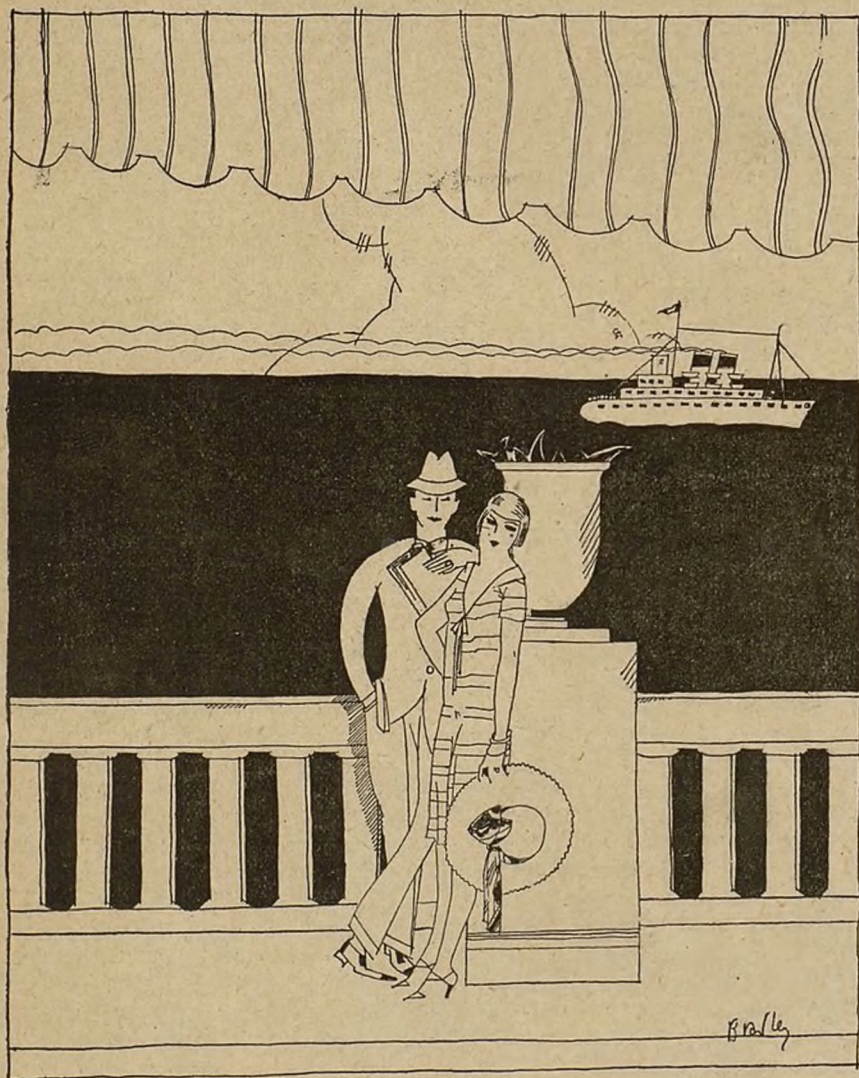
Pero vencidos aquellos escrúpulos de Gumersinda, se acordó que la boda se celebraría la semana siguiente.

—¿Conformes?—preguntó el señor Fructuoso a su futuro yerno.

—Por mi parte no hay más que un inconveniente—contestó éste. Que no trabajo desde hace diez años y no tengo ni para el monaguillo.

—Si no es más que eso—replicó Fructuoso—yo corro con todo. Mañana te daré cuarenta duros y un corte de traje.

Al día siguiente Manolo cogió los cuarenta duros, el corte de traje... y no sabemos qué tren de que estación. Lo cierto y tremendo es que nunca más se ha vuelto a ver, en casa del Sr. Fructuoso aquella onda tan atractiva que le hacía el cabello. El dolor de Gumersinda, al verse de tal modo burlada, era de los que no se quitan, ni con raquianestesia. La desespera-



Dib. BRADLEY.—Sevilla.

—No se puede estar aquí de lo mucho que molesta el humo de ese barco.
—Será que está fumando el capitán...

ción de su madre hizo pensar en el suero antirrábico. El único que supo sobrellevar la desgracia con entereza fué Fructuoso. Al conocer la espantosa noticia adquirió un real de altramuses y púsose a desmenuzarlos, aparentemente ajeno a las muestras de desesperación que daban su mujer y Gumer-sinda.

—¡Canalla!—gemía ésta. ¡Con lo bien que cantaba la Lagarterana!

—¡Ladrón!—exclamaba la suegra frustrada—. ¡Dejarnos así cuando eníamos todo el gasto hecho y repartidas las invitaciones para la comida! ¿Qué dirán de nosotros cuando sepan que no comen?

—No dirán nada porque comerán—aseguró Fructuoso con imponente entonación.

—¿Qué dices Fructu?...

—¡Que comerán! Y nosotros también. Qué se había figurado ese sinvergüenza ¿que nos iba a aguar la fiesta? ¡No hay quién! Mañana tú te vistes de novia, tú te colocas la mantilla, yo despolvo el hongo y ¡hale! al merendero, como si no hubiera ocurrido nada.

—¡Se van a reir de nosotros hasta las anchoas, papá!

—¡Lo sentiría por los aficionados ai vermú!—replicó Fructuoso acariciando con sádica emoción la erizada superficie del palasán. Y haciendo con él un molinete, añadió:

—Recordarme que le de una mano de nogalina.

En el merendero de Górriz, donde se celebró el ágape, todavía se habla de aquella comida en la que los invitados dieron pruebas de educación y cultura poco frecuentes en semejantes actos. Sólo faltaron veinte cubiertos y una banquetta. Después de comer se jugó a la rana y al dado en alto, sirviendo de barrera las mesas y los camareros. El Sr. Fructuoso, dueño de sí mismo en todo momento, se tragó doce ranas seguidas. Ya anocheado, cuando en el mostrador se negaron a seguir despachando fiado, organizóse la comitiva para regresar a Madrid.

Al frente de ella marchaba Gumer, con el doble azoramiento de sus galas y su situación. Inmediatamente después, el Sr. Fructuoso y consorte, está bramando frases ofensivas para el novio evadido. Un metro a retaguardia, los invitados. La original composición de aquella comitiva sin

novio atraía la dispersa atención de las multitudes.

—¿Te fijas?—preguntaba una modistilla a su compañera.— ¿Qué festejarán?

—¡La boda del novio desconocido, hija!

Pero más aun que la falta de novio, lo que obtuvo un éxito jubiloso fué la parte orfeónica del desfile. Así como en otros cortejos nupciales, los convidados suelen expresar su agradecimiento con vítores encomiásticos a los cónyuges y padrinos, en éste, por orden del Sr. Fructuoso, se cambiaron las expresiones aclamatorias.

—¡Viva la novia!—rugía un convidado.

—¡¡Vivaaaaa!!—respondieron los demás.

Pero inmediatamente la laringe del Sr. Fructuoso ordenaba:

—¡¡Muera el novio de parálisis general progresiva!!

Y los convidados contestaban, unánimes:

—¡¡¡Mueraaaaa!!!

Así desde Cuatro Caminos al Puente de Segovia, domicilio de la novia. ¡Bello ejemplo de entereza!

LUIS PIELTAIN



Dib. GARRÁN.—Madrid.

—Pero oye. ¡Tan pequeño y ya te he visto fumando!
—Calla, mujer... Si llevo dos años tras de quitarme del vicio y aún no lo he conseguido.

RAMONISMO

EL CRECIMIENTO DE JAVIERIN

El padre de Javierín tenía el viejo procedimiento de medir al niño aplastándole contra la pared del pasillo y



anotando con lápiz las medidas correspondientes. Aquellas rayas de lápiz con una fecha eran las fatalidades de la medida del ser creciente y algo así como el jalonado de la inundación de una vida.

Resultaba raro ver aquellas medidas,



correspondientes a distintos años y en que se resumía la larga paciencia de llegar a hombres.

Pero lo que resultó más sorprendente fué el estirón que dió Javierín cuando de un 10 de julio a un 5 de septiembre rebasó la graduación de la pared de un modo asustador.

Los padres de Javierín celebraron

consejo y llamaron al médico de la casa, que recomendó compuestos de cal y hierro para sostener aquella especie de niño rascacielos.

Aquellas medicaciones precipitaron más el crecimiento del niño, que no daba tiempo a que le hicieran pantalones y calcetines a la medida.

Los padres le miraban con cierta tristeza, como a un hijo que se fuere a dedicar a aviador y estuviere iniciando su primer vuelo.

Javierín, en contestación, les miraba como diciendo: "¡Y yo qué culpa tengo si la Providencia es la que me estira!"

Javierín, al mismo tiempo que crecía no engordaba, sino que se ahilaba, se ahilaba, y su cabeza era una cabeza parlante en un cuerpo de lanza.

¿Qué nueva especie cuajaba en aquel niño? Un gigante no podía ser, porque para eso hubiera tenido que ser más recia su figura.

Le llevaron a la Academia de Medicina y fué observado por todas las eminencias como si fuese el hallazgo de una excavación; pero ningún doctor sabía en qué podía acabar aquello.

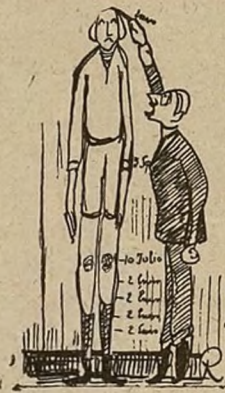
La laringe, mientras tanto, comenzó a tener una importancia máxima. El especialista laríngeo que le vió en aquella sazón estuvo muy preocupado y le hizo tragar frías cucharadas de espejo iluminado, que le llenaron de rubor las tripas.

Llévenlo a la Academia de Ciencias—dijo, por fin, el laringólogo—, porque este es un caso que se escapa a la Medicina.

Los pobres padres, consternados, tuvieron que alquilar un garaje para que durmiese el niño largo, y para ver si aquello se contenía o se sabía qué tipo especial iba a brotar de aquel hijo, fueron a la Academia de Ciencias; pero el matemático que les recibió les señaló como un poste indicador de la única dirección posible: "París".

En París les fué recomendado un especialista de enfermedades de la torre Eiffel.

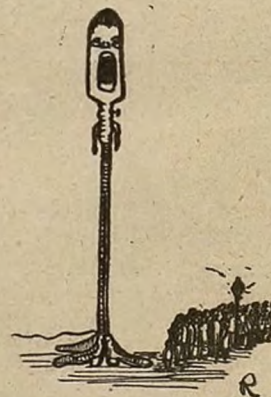
Aquel doctor, ingeniero constructor, vió con inmensa simpatía a Javierín. En seguida se dió cuenta de que era



el primer vástago de una derivación nueva de las razas.

—Que vaya a verme todas las tardes a la fundición—dijo el doctor de la torre Eiffel.

Así lo hizo Javierín, y al tercer día el doctor de la torre Eiffel gritó entusiasmado, entre ¡eureka! de delirio:



—¡Eres el primer altavoz humano que cuaja en el mundo!

Y aplicándole los hilos de un aparato de cinco lámparas, dió en medio de la calle la primera audición del alto-parlante vital, en medio de la expectación de los papanatas.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA
(Ilustraciones del escritor.)

BUEN HUMOR lo vende en Manila D. José Beffa, P. O. Box, núm. 306

VORONOFF

ESTE PERIODICO NO ESTA FUNDADO POR NADIE, NI CRISTO QUE LO FUNDO.
SALE SOLO A LA CABLE.
YA VEREMOS COMO VUELVE.

El periódico con menos monos del mundo

AÑO I NUMERO 1
NOS DA UN POCO DE VERGÜENZA DECIR QUE ESTE PERIODICO ES EL NUMERO UNO, PERO ES ASI; Y SERIA UNA ESTUPIDEZ QUE NO LO DIJERAMOS.

NUESTRO SALUDO A LA PRENSA

¡Buenos días!

LA REDACCIÓN

NUESTROS PROPÓSITOS

Como habrán visto ustedes en el artículo de fondo, titulado NUESTRO SALUDO A LA PRENSA, somos hombres de pocas palabras. Solamente nos aventajan en tan excelente condición los sordomudos de nacimiento y los señores que nos citan en el café y luego no van, clases ambas de sujetos que no tienen palabra ninguna como puede comprobar cualquier persona que se honre aguantándoles. Nosotros no llegamos a tanto, pero nos urge repetir que somos hombres de pocas palabras, aunque repitiéndolo empleemos más palabras que las convenientes entre personas bien nacidas que no quieren ponerse pelmas con el prójimo.

Al decir que somos hombres de pocas palabras (y van tres..., pero no hay otro remedio!) queremos decir que preferimos la acción al discurso, la actividad al palique, el hecho al dicho y el vino al agua. Somos hombres modernos y veloces. Nos gusta más el taxi que la sopa de tortuga, nos emociona más profundamente un cross-country que una procesión, preferimos la radio al correo interior y el tren al cangrejo, aunque el cangrejo nos conduzca a Hermosilla y el tren nos lleve a Estropajosa.

Somos, pues, en una palabra (en una de las pocas palabras de que disponemos), partidarios de obrar. Y éste es el fin que nos ha movido a sacar este papel.

VORONOFF se lanza al mundo periodístico con ímpetu juvenil, decidido a abordar problemas de notoria transcendencia, a ser

el portavoz de las clases sociales sin apoyo, a proteger al literato sin nombre, al poeta anónimo, al sabio ignorado y al soldado desconocido. VORONOFF aparece con el noble anhelo de enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, dar buen consejo al que lo ha menester, dar de comer al hambriento y convidar a medio chico al sediento si se tercia, o a un tercio de dorada si se sigue terciando.

Nuestros lectores (caso de que los tengamos, pues a veces hay injusticias que atufan) encontrarán en estas páginas toda la vibración moderna, todo lo que en los diversos rincones del mundo se agita, todo lo que busca la expansión, todo lo que late y bastante de lo que lata. VORONOFF, en una palabra (en otra de las pocas con que ya hemos dicho que contamos) aspira a ser el periódico del rico y del pobre, del exaltado y del gubernamental, del obeso y del escualido, del sacerdote y de la oveja descarriada por las esquinas nocturnas, de la suegra y del yerno, y de Daoiz y Velarde. Este periódico presume de venir a llenar un vacío (que es el estómago del que lo escribe), y de que llegará a ser el verdadero órgano, o por lo menos el orgánillo, de la sana opinión humorista de España y del Puente de Vallecas.

No haremos política, porque no tenemos tiempo de hacer tonterías, pero sí nos interesa hacer constar que apoyaremos a Romanones, y no por simpatía a sus

ideales, sino porque estimamos que es el único político que necesita que le apoyen, dada la facilidad que tiene para atizarse una costalada cuando va a pie por esos mundos.

Y nada más, señores. Las po-

cas palabras que teníamos se nos han concluido y no podemos añadir ni media palabra más.

VORONOFF se dispone a comenzar su campaña, contando con vuestro favor.

¿Nos vais a hacer ese favor?

LA DIRECCIÓN

CRÓNICA

Con un trapo detrás y otro delante

El cronista, que tiene la desgracia de ser empleado municipal porque en el mundo no hay justicia, tuvo ayer unas palabras con el jefe del negociado por un quitame allá esas pajas.

Entendámonos: el cronista no le quiso quitar ninguna paja al jefe, ni el jefe al cronista (allá cada uno con su pan se las coma); lo que queremos dar a entender es que las palabras fueron por una futesa futilísima, aunque debemos decir que fueron bastante gordas, y que las más gordas fueron las del jefe, que para eso es el que manda.

Con decir que el cronista no las había visto (ni oído) en su vida más gordas, creemos que no habrá que decir más para que ustedes se percaten de lo impropia de la provincia de Versalles que resultaría la escena.

El caso es que, al final de la discusión, el enfurecido jefe (para que ninguno dudase de que allí no mandaba nadie más que él) mandó a paseo al cronista.

Y el cronista, obediente, se marchó al paseo de los Melancólicos a rumiar su desventura.

Era tarde..., mejor dicho, era mañana..., mejor dicho todavía, era ayer...; pero a pesar de ser ayer, era por la mañana y era tarde cuando el cronista llegó al susodicho paseo; y, sin embar-

go, pudo ver un montón informe de gentes dormidas a la triste intemperie, cuyo miserable aspecto sacudió su corazón como si fuese una estera.

El cronista dudó, ante aquella pestífera colección de parias y de desheredados; dudó, repetimos, de lo que veían sus ojos. Creyó ser juguete de una alucinación o juguete de Medel. Al contemplar aquella muchedumbre de infelices que dormían, creyó más: ¡creyó que aquello era un sueño!...

Pero era una triste realidad, una vergonzosa realidad, una realidad más real que veinticinco céntimos. A las mismas puertas de Madrid, la miseria y el hambre tenían que hacerse la cama en un paseo público y dormir un sueño agitado y lúgubre, interrumpido por el paso de carros y carretas, de camiones y camionetas, de motocicletas y motocicletas.

Y no era lo peor que durmiesen con tan escaso confort y con tan desconsiderado escándalo. Lo peor era que dormían desnudos, y no porque se hubiesen quitado la ropa para acostarse, sino porque no tenían ropa ninguna, ni para acostarse ni para levantarse.

Había varios que nos recordaron el conocido dicharacho, porque estaban lo que se dice

con un trapo detrás y otro delante; pero había otros que no tenían más trapo que el de detrás, y hasta recordamos que uno de ellos tenía el trapo caído y, al vernos, rogó a un compañero que le tapase, gritando ¡arriba el trapo!, como si estuviese asistiendo a un éxito teatral de Muñoz Seca.

Al ver aquello, nuestros ojos se prefirieron de lágrimas, y no dieron a luz por un verdadero milagro.

Nos acercamos al grupo, y con nuestros sollozos despertamos a los desventurados circunstantes. Algunas blasfemias aisladas acogieron nuestra presencia, pero, como no iban dedicadas a nosotros, sino a otras personas ausentes e ilustres, no hicimos mayor caso y seguimos acercándonos.

Pero entonces ocurrió algo horrible y cadavérico.

El grupo, en su absoluta totalidad, empezó a toser desafortunadamente, a toser con frenesí salvaje, a toser sin tregua, a toser sin descanso. Se congestionaban de tos, sin que ninguno pudiera librarse del brutal acceso, tosían a coro, tosían desde el primero hasta el último, tosían *tos*, como dijo uno de ellos en un momento en que no tosió.

¡Era natural!... Aquellas pitrafas de la sociedad, abandonadas en un paseo, habían adquirido una bronquitis espantosa por dormir al lado de la puerta de Toledo (que está abierta toda la noche), y por no tener ropa con que taparse, si no todo, por lo menos algo de lo muchísimo que tenían destapado, con la consiguiente vergüenza de toda la barriada.

No quisimos ver más... (nos pasó lo que a toda la barriada), y con el pesimismo más aterrador abandonamos aquellos lugares, mientras los infelices desheredados seguían tosiendo y partiéndose el pecho, con más furia que si les hubiesen dicho un chiste colosal.

Hemos querido hoy poner nuestra pluma al servicio de la justa causa de esos seres olvidados y hechos la cusca, aun sabiendo que no es con una pluma con lo que se arreglaría el conflicto, sino con un pollo completo y con arroz para cada infeliz.

No obstante lo escrito, escrito queda. Gracias a estas cuartillas, sabrán los que pueden evitarlo, que hay una barbaridad de gente tosiendo sin razón y sin merecerlo.

Y una aclaración final: nuestros lectores habrán visto al principio de este artículo la palabra *Crónica*. No hagan caso. Esto no es una crónica. Pero como la bronquitis de los aludidos desgraciados sí es crónica, por eso hemos escrito la palabra para que nadie pueda alegar ignorancia.

Madrid no debe consentir un

día más el oprobio de que sus hijos se acatarren por dormir de mala manera y por no comer ni de mala ni de buena.

El sabio dijo: *si toséis, toméis*. Y nosotros añadimos: *toséis porque no toméis*.

Es necesario que esa gente tome algo.

SOTERO L. PEON



UNA ORQUESTA QUE NO TOCA MAS QUE CUANDO LA PAGAN

Original orquesta, que está obteniendo en Glasgow grandes éxitos por su arte en ejecutar música italiana, alemana, sueca y cullera. El profesor de la izquierda dice que es la mejor del mundo, y lo dice muy alto. Los demás lo repiten, pero solamente si los aplauden. Los individuos que componen la agrupación ganan entre todos doce chelines por concierto, lo cual nos obliga a reconocer que tocan muy bien, pero que tocan a poco

EL SUCESO DE AYER

Hazañas de un demente peligroso

Ayer no tuvo más remedio que ser detenido por la policía un infeliz sacerdote que, con hábitos y todo, se lanzó a la calle dispuesto a llevar a cabo una serie de extravagancias que demostraron bien a las claras que se trataba de un desgraciado alienado.

Una de las cosas raras que hizo fué empezar a echar bendiciones en el evacuatorio de la Puerta del Sol, donde habitualmente se echan cosas muy distintas. Después se encaminó al hotel de *Chelito*, con la pretensión de confesarla y absolverla de todos sus pecados, produciendo

con ello un fenomenal escándalo, pues la mamá de Consuelo se negó rotundamente, alegando que su chica, para una confesión general y un relato de sus cuitas, necesitaba emplear, lo menos, mes y medio, y eso hablando muy de prisa.

El pobre sacerdote, consternadísimo, dirigió sus pasos al domicilio particular de don Joaquín Sánchez de Toca, y una vez allí, se empeñó en frotarle por la nariz un décimo de la Lotería Nacional, para que la indicada protuberancia le diese la suerte, manifestando que deseaba el premio gordo, y que todos los jo-

robados que conocía, que eran muchísimos, le parecían de mucho menos bulto que don Joaquín para el fin que perseguía.

No pudiendo tampoco en la casa del prohombre realizar sus propósitos, marchó rápidamente a la plaza de Canalejas, y ante una inmensa muchedumbre empezó a bailar de coronilla, con rara perfección.

Y, finalmente, sacando un metro del bolsillo, fué a visitar al señor Largo Caballero, con la intención formal de medirle, pues según dijo a los que le rodeaban, él sabía que era Largo, pero deseaba saber cuántos centímetros tenía de más.

En casa del señor Largo Caballero le contestó una criada que Largo no se encontraba allí, a lo cual añadió otra sirviente que "¡Largo de allí!..."

El sacerdote montó en cólera y empezó a lanzar desaforados gritos de ¡Abajo el socialismo!, ¡Viva el capital! y ¡Como me caiga el gordo, armo la gorda!, en cuyo preciso momento fué detenido por un cabo de Seguridad y por dos números, desgraciado final que hizo exclamar al demente: "¡Por esos dos números, no me va a tocar la lotería!..."

El gobernador ha ordenado que el pobre cura (que según los médicos no tiene cura posible), sea recluido en Ciempozuelos; pero el loco dice que él no va más que a Pozuelo, y que los noventa y nueve restantes que los aguante Rita.

Ultimamente ha caído en que le quieren meter en una casa de orates, y ha hecho otra enérgica afirmación: ¡que si la casa no es de orates frates, que no va!

Ya veremos en lo que paran todas estas misas.

EL REPÓRTER

Enfermo ilustre

Se encuentra en cama hace unos días el conocido banquero y ex senador don Casimiro Tirado, con un fuerte ataque de gota.

La enfermedad sobrevino el día del cumpleaños de su idolatrada esposa, que se bebió el solito botella y media de anís del mono.

No se trata, pues, a nuestro entender, de un ataque de gota,

sino de un ataque de una barbaridad de gotas.

Sinceramente conmovidos por ver al señor Tirado en la cama, hacemos votos por su próximo restablecimiento.

Y al mismo tiempo, VORONOFF se congratula de que haya sido precisamente una botella de mono la que el ilustre ex senador y banquero prefirió para llevar a cabo la juerga.

Un rasgo de D. Valeriano

No sería VORONOFF un periódico sesudo y consciente si no acogiese en sus páginas un suceso enternecedor que la gran Prensa no ha tenido la bondad de comentar con la extensión que se merece.

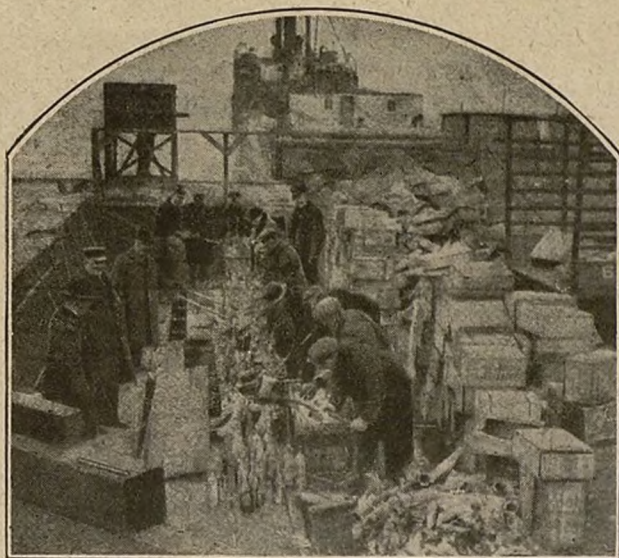
Nos referimos a un acto de noble desprendimiento del ilustre y popular don Valeriano Weyler, tanto más digno de tenerse en cuenta, cuanto que el simpático caudillo no suele prodigarlos así como así.

El caso es que el jueves pasado, marchando por la calle de Alcalá con su marcialidad acostumbrada, fué requerido por un mendigo (enemigo mortal del señor Semprún), con la pretensión de que le diese diez céntimos para la consabida ayuda del consiguiente panecillo. El general, lamentando, desde luego, que la mendicidad sea general también, no pudo, sin embargo, sustraerse al dolor de ver a un prójimo fastidiado por no poder deglutir un largo; y echándose la mano al bolsillo, le dió, no los diez céntimos que el mendigo solicitaba, que eso no le pareció cantidad adecuada a su significación social y a sus posibilidades pecuniarias. ¡Le dió una peseta!

Ahora bien, en el momento de dársela le rogó que le devolviese noventa y cinco céntimos, cosa que hizo el pordiosero con lágrimas en los ojos y deshaciéndose en elogios.

VORONOFF, al hacer público este rasgo de don Valeriano, se permite opinar que la palabra rasgo es insuficiente para calificar el hecho, y decide llamarlo rasgón.

Y terminamos esta breve nota, reconociendo que el que don Valeriano haya tenido un rasgón más, bien merece la pena de que sus entusiastas lo conozcan inmediatamente.



LA PERSECUCION DE LOS VAPORES DEL ALCOHOL EN NORTEAMERICA

VORONOFF, como su tocayo el insigne doctor, no encuentra facilidades para coger monos, pero, en cambio, le gusta pillar alguna mona que otra. Somos borrachos, pero con honra, y por eso mismo protestamos de los atropellos de la ley seca en Nueva York, uno de los cuales se aprecia en esta fotografía, que representa la cubierta de un barco que, a pesar de ser cubierta, ha sido descubierta por las autoridades con doce mil botellas, que pueden ustedes contar si tienen paciencia para ello

CUENTOS AJENOS AL DAÑO QUE PRODUCEN

LA RETORTA FATAL

I

El sabio, al dar cima a su tarea, tarareó un charleston. Acababa de inventar un veneno y, satisfecho de su descubrimiento, cantó la popular página de *Las mujeres de Lacuesta*.

Sonrió sardónicamente porque el veneno era tan malo como la pieza que estaba cantando. Hacía años que el sabio perseguía en su laboratorio la obtención de un tóxico que matase a la gente sin dejar rastro y, al fin, lo tenía allí, en el fondo de una retorta y a la disposición de las empresas.

Su nombre iba a ser aclamado por los criminales de nacimiento.

Bien es verdad que también sería maldecido por las víctimas de defunción, pero esto le tenía sin cuidado.

Y volvió a sonreír, y siguió tarareando el charleston susodicho.

Del patio empezaron a salir rumores de la vecindad, diciendo que a ver qué iba a ser aquello.

Y el sabio se calló.

II

—¿Dice usted que con este veneno no queda rastro?—le preguntó el primer asesino que solicitó su producto.

—Me juego la nuez—respondió el sabio.

No obstante, a los cuatro días de cometer el crimen, el envenenador yacía en la cárcel modelo.

Un hermano suyo se presentó en el domicilio del inventor a reclamar con toda seriedad.

—Mi infeliz hermano—le dijo—le había prometido a usted regalarle una retorta si el negocio salía bien. Pero, como ha salido tal cual, vengo yo a darle a usted solamente una parte del obsequio.

Y le dió una torta soberana.

III

Sin embargo, el sabio no desmayó (aunque el pujo fué para desmayarse un rato largo) y siguió anunciando su producto.

Surgió otro criminal y le compró dos frascos, de a litro y medio cada uno.

Y esta vez sobrevino el éxito, brutal, imponderable, inmarcesible, bárbaro.

A los dos días, la Prensa madrileña llenó sus columnas con la siguiente noticia:

“Un miserable trapero invita a unas copas a catorce chamarreros de la Ribera de Curtidores y de las Américas, y fallan todos bestialmente envenenados.”

Y el sabio, al leer la noticia, se esponjó en una sonrisa triunfante y feroz.

¡Su veneno, en efecto, no dejaba Rastro!...

O por lo menos, dejaba muy poco Rastro, porque catorce chamarreros diñándola de una vez es una cosa como para que el Rastro se quede tiritando.

Y ahora, antes de que se enfaden ustedes más de lo que seguramente se han enfadado, ¿les parece a ustedes que concluyamos aquí el cuento?

Pues ya está.

NÉSTOR O. LOPE

Horroroso incendio en Nueva York

NUEVA YORK, 22 (7 mañana). Un exorbitante incendio acaba de destruir completamente el circo Brutowford, que poseía la más rica colección de fieras que había en el mundo: leones, cocodrilos, elefantes sin educar, panteras, hipopótamos, una suegra, tres búfalos, diez lobos, un pez espada y tres banderilleros, un centenar de tigres de Bengala, etcétera, etc.

El animal más grande de todos era el domador, que es el que tiene la culpa del incendio, pues arrojó una colilla encendida en la jaula de los tigres, y como todos eran de Bengala, ardieron en el acto.

El fuego les quitó el hipo a los hipopótamos, lo cual quiere decir que les dejó en la mitad; y de los tigres no quedaron ni los rabos.

De uno de los leones quedó una colilla (que no hay que confundir con la causante del desastre, la cual no ha aparecido, por lo que hay quien dice que a este suceso no se le ve la punta).

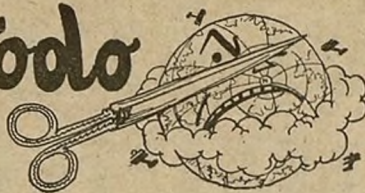
El circo estaba asegurado... Pero los animales, no; y por eso han fallecido todos.

Les acompañamos en su justo dolor.

EL CORRESPONSAL

Editor responsable de todo el disparatado contenido de este periódico:
ERNESTO POLO

chistes de todo el mundo



El cliente.—¡Qué platos más pequeños!

El camarero.—Es para que las raciones que se sirven parezcan mayores.

De *Nagels Lustige Welt*, Berlín.

—El retrato que me ha hecho; ¿resultará parecido?

El fotógrafo.—Desde luego, señora. Usted misma se conocerá.

De *Nagels Lustige Welt*, Berlín.

Sánchez encuentra a su amigo Pérez en la calle.

—¿Me das un cigarrillo? —le dice.

—Tómalo, pero yo creía que habías dejado de fumar.

—Sí, he empezado ya... por no comprar cigarrillos.

De *Der Goetz*, Viena.

RON BACARDI

On the Telephon

"Hallo! Am I speaking to Pepita."

"Yes."

"Will you love me for ever, my darling?"

"Yes, who is it speaking?"

BUEN HUMOR, Madrid.

Publicado en *The Passing Show*

TRADUCCION

En el teléfono.

—Hallo. ¿Estoy hablando con Pepita?

—Sí.

—¿Me amarás siempre, querida?

—Sí; ¿quién es el que habla?

El profesor trata de demostrar por un sencillo experimento la gerencia del vapor.

—¿Qué tengo en la mano? —pregunta.

—Una cafetera—contesta un alumno.

—Exacto. Ahora, ¿puede alguno de vosotros decirme si con esta cafetera es posible producir fuerza y velocidad?

—Si señor—contesta otro alumno—, atándola a la cola de un perro.

De *Evening Times Globe*.

—¿Qué cuerpo presenta la fórmula química As. 203?

—Lo tengo en la punta de la lengua.

—Entonces, quitatelo, rápidamente, porque es arsénico.

De *Pelé Melé*, París.

Dos hombres van sentados en un tranvía completamente lleno. Uno de ellos al ver al otro con los ojos cerrados, le pregunta:

—¿Estás malo?

—No; estoy perfectamente, pero no puedo ver en un tranvía que las señoras vayan de pie.

De *Dartford Chronicle*.

El maestro.—Seguramente sabes lo que la palabra "espejo" significa. Después que te has lavado, ¿dónde miras para saber si tu cara está limpia?

Tomasín.—A la toalla.

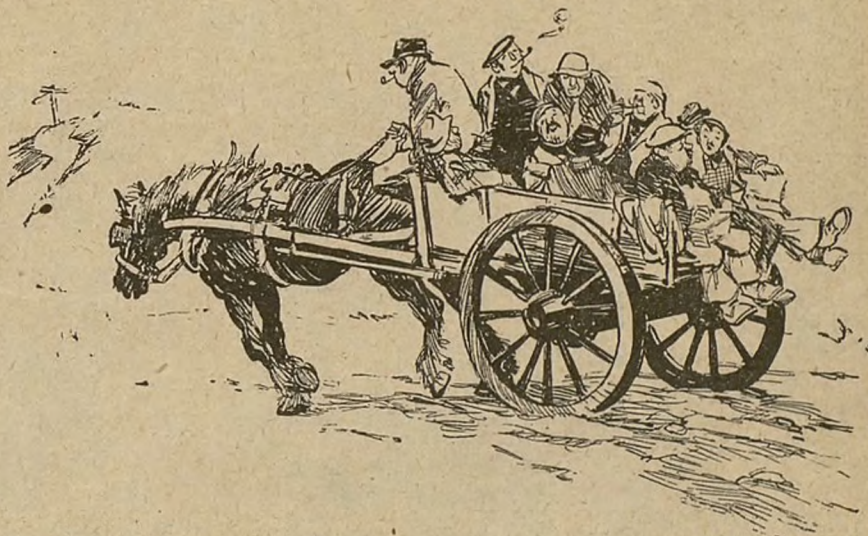
De *Meiburne Table Talde*.

FRICOT

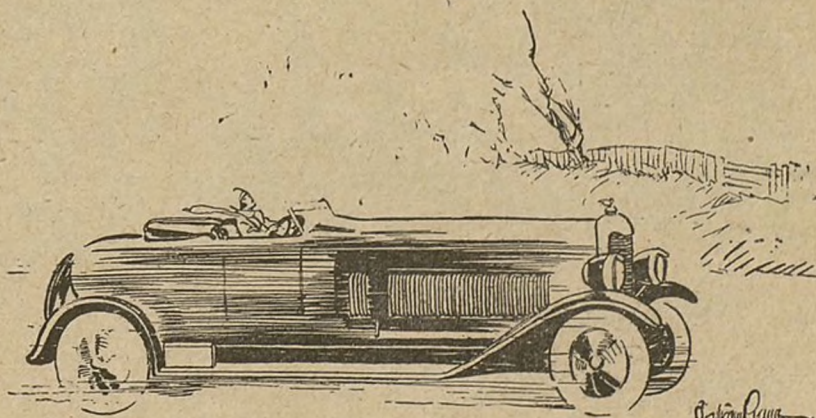
AGUA PROGRESIVA. Hace desaparecer las canas. Inofensiva y de perfume exquisito.

F. Betrian. Hospital, 113. Barcelona

INJUSTICIAS DE LA VIDA



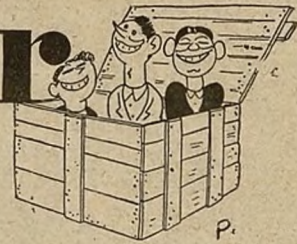
Un caballo...



Sesenta caballos...

De *The Humorist*.

el buen humor del publico



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indiquese: "Para el 'Concurso de chistes'".

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

El maestro. — Señor Pérez: ¿cómo diría usted para indicar una cuadra muy grande?

El alumno Pérez. — Un cuadrón.

— Muy bien; entonces cuando hay un "cuadrón" para caballos, ¿qué es?

— "Es cuadrón de caballería".

Mister Hoocypaz. — Oviedo.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En cierto teatro de provincias sale a escena un cómico de la legua con una ropa que le viene muy corta, y al aparecer dice un espectador a otro:

— Este se llama Toro.

Y le responde el amigo:

— Pero la ropa debe de ser de cuando era novillo.

Mis Eva Hill. — Madrid.

Un pordiosero duerme en una esquina, mostrando unos pies callosos por entre unos calceti-

nes rotos. Pasa un tabernero, y exclama:

— ¡Hombre! Me has dado una idea; ya tengo plato del día: "Patatas y callos con tomates".

Fray Cisco. — Madrid.

— ¿Cuáles son los hombres que más viajan y más rápidamente?

— Los mozos de equipajes, pues van de un mundo a otro varias veces al día.

F. P. — Madrid.

En la Comisaría:

El detenido. — Me parece, señor comisario, que es injusta mi detención.

El comisario. — ¡Pero, cómo! Entonces, ¿con qué intención pretendió usted extraerle del bolsillo el reloj a este caballero?

El detenido. — Con la intención de limpiárselo.

Enriqueta. — Madrid.

Allá por los tiempos de Mari-Castaña llevaban a ajusticiar a un gitano, y camino del patíbulo, como la mula en que iba montado no caminara aprisa, un zagal le daba de cuando en cuando unos varazos en los cuartos traseros para que aligerara el paso.

Tan reiterados fueron aquellos, que el gitano no pudo mé-

AGENTE DE PUBLICIDAD PARA

BUEN HUMOR

EN CATALUÑA

Félix Verdún Daly

ROSELLO, 402 BARCELONA

nos que notarlo, y dijo, volviéndose acharado:

— No tengas tanta prisa, alma mía, que no vamos a ninguna "boa".

Emilio Mascort. — Sevilla.

En un estanco:

— Deme un librito de papel Zag-Zig.

Toma el PRUNI con frecuencia y te sentará muy bien, ¡cía, es un jarabe de ciruela y es un laxante chipén.

La estanquera. — Querrá usted decir Zig-Zag.

El comprador. — Si hubiese querido decirlo, lo hubiera dicho.

J. L. de Vega. — Madrid.

En la estación:

Un "fresco", que se lés daba de gracioso, abrió la portezuela de un vagón de tercera clase, y viéndolo muy ocupado, pregunta a una gitana que estaba sentada cerca de la ventanilla:



— ¿Quién le hizo a usted ese tatuaje, Jorge?

— Mi padre, señorita.

— Sí, sí: ya veo; es una obra ilustrada por el autor

De London Opinion.



—¿Está ya completa el arca de Noé?

La gitana mira tranquilamente todos los asientos y responde:

—Suba osté, malange, que falta el burro.

López-Camacho.

Puerto de Santa María.

En un taller de zapatería entra un oficial del gremio y dice al maestro:

—Por un número no me ha tocao el "gordo" de la Lotería.

El maestro, asombrado, le dice:

—¿Qué número ha salido?

El oficial.—El número 1.

—¿Entonces llevarías tú el 2?

El oficial, algo nervioso, responde:

—No, señor, que no llevaba ninguno.

Vicente González.

Puerto de Santa María.

Un borracho, contemplando a una noria, dice a su amigo:

—¿Qué adelanto tan asombroso!

—No le veo el mérito.

—Sí, hombre; si con agua da tantas vueltas, figúrate las que daría con vino.

El tío Paco.—Zaragoza.

—Cuando Colón descubrió América, ¿qué fué lo primero que hizo al saltar a tierra?

—No lo sé.

—Pues es sencillísimo. Lo primero que hizo Colón al saltar a tierra fué poner los pies en el suelo.

Roque M. Baños.—Valladolid.

Pasaba la Hermandad de la O, una de las mejores cofradías que exhibe Sevilla en su Semana Santa incomparable, y un "compadre" le dice a otro:

—Compare: me voy a guaseá del hermano mayó de esta cofradía.

—Salero pa eso tiés tú; pero ten cudiao.

Y el primero, dirigiéndose al hermano mayor, que en verdad era el mayor de todos los co-

frades, pues tenía una estatura enorme, le preguntó:

—Oiga, hermano: ¿esta es Hermandad de la A?

loca; he sido accionista de Sociedades anónimas; he pasado

hambre y sed...

Otro le interrumpió:

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

A lo que contestó el gran hermano:

—Es de la O.

—¿Eh?

—O.

—¡Ah!

Antonio Chiclana.—Sevilla.

—¿En qué talleres se precisa más urbanidad?

—En las imprentas, porque es donde se imponen las formas.

A. Sobrevilla.—Madrid.

—Hace tres días que me hice

—Yo he pasado más que todo eso.

—Pues ¿qué ha pasado usted?

—He pasado... ¡un duro de plomo!

Diéresis.—Madrid.

Sucedido:

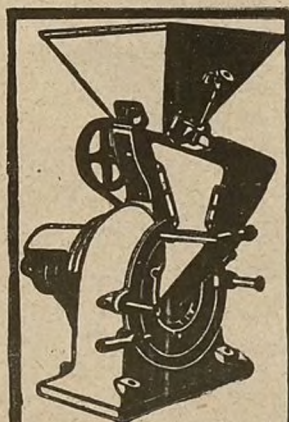
A un pobre diablo a quien habíanle invitado a comer cierto pariente rico, exclamaba a cada plato que le presentaban:

—Vaya, vaya; éste es mi manjar favorito—y así sucesivamente.

—Oye—le dijo el pariente, extrañado: ¿cuáles no son tus platos preferidos?

—Los vacíos.

Angel Maroto.



MOLINOS

de todas clases, para mano y fuerza motriz. Trituradoras. — Desintegradores. Cortadoras. — Tamisadoras. Inmenso surtido.

Pídesse catálogo

MATTHS. BRÜBER

Apartado 185, BILBAO

un nudo en este pañuelo y no me acuerdo para qué.

—¿No sería para acordarte de mandarlo a la lavandera?

Manuel Perales.—Madrid.

Decía uno:

—Señores, nadie en el mundo ha pasado lo que yo: he visto morir a mi padre; mi madre expiró en mis brazos; la mujer que yo amaba se volvió

Al cabo de diez años de ausencia, se encuentran dos amigos:

—¿Y qué ha sido de Luisa?

—pregunta uno de ellos.

—Al fin, encontró un imbécil que se casó con ella.

—¡Pobrecillo! ¿Le conoces?

—¡Ya lo creo! ¡Como que soy yo!

Coreci.—Madrid.

Al atracar el transatlántico Alfonso XIII en el muelle de Santander:

Un pasajero.—Señor capitán: tengo mucha prisa; ¿podría yo desembarcar? La banda de estribor está tocando en el muelle.

—¿Y esa música que se oye?

—Ya le he dicho que está tocando la banda.

Cariñoso.—Santander.

CUPON

correspondiente al núm. 286 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



Ella.—Alberto, no corras tanto.

El.—No tengo más remedio, porque si voy despacio este cigarro no arde.

De London Opinion.



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

L. R. M. Madrid.—Vamos a insertar, movidos a vapor por una repentina benevolencia, el principio de su madrigal (¡¡ !!), denominado

A mi amadísima prometida.
"Es tu cara muy hermosa,
y tu pierna es aceptable.
Tu boca, color de rosa,
no lleva pintura odiosa,
y tu conjunto es muy adorable.
¡Serás una buena esposa!..."

¡Buena; eso se lo figura usted! ¡Pero si, después de casados, la sigue usted disparando poesías como la que nos ocupa, se la pega a usted con el primero que se presente! ¡¡Nos jugamos dos docenas de pestañas!!

T. N. O. Sevilla.—¡Qué bruto es usted, compadre!... ¡Cuidado que se lo hemos dicho veces! ¡Pero, nada; no se enmienda!

P. D. R. Ciudad Real.—Su cuento, espeluznante y ligeramente cargante, ha ido a veranear a *Cestona*. ¡Y lo malo es que ya no volverá!

E. N. Alcalá de Henares.—Su trabajo se titula *¡Nos hemos caído!*... Y tiene razón su trabajo. Nos hemos caído nosotros,

porque lo hemos tenido que leer. Y se ha caído usted, porque no lo vamos a publicar.

C. B. D. Barcelona.—Queda admitido su artículo. Ahora bien: no nos atosigue usted con prisas para que lo saquemos a la luz pública, porque hay en esta casa una de compromisos que echa humo, y los espontáneos se figuran ustedes que todo es llegar y dar un ósculo al santo. ¡Y no es tanto!

H. S. I. Zaragoza.—¡Nos jura usted por su preciosísima salud que no es usted un guasón?... Díganos la verdad, y le perdonamos en el acto la estrepitosa animalada que nos ha remitido.

C. P. U. Málaga.—Su breve (menos mal) trabajo literario, que lleva (o llevaba) el título de *Cosillas*, lo hemos arrojado al cesto, con otras varias cosillas de otros varios señores tan amables como usted.

S. O. T. Madrid.—Las desdichas de *Gutiérrez* no interesarían ni a una noble hermana de la Caridad, que, como usted sabe, se interesan por todas las desdi-

chas. Y eso que su artículo es una desdicha de las más mayúsculas que hemos conocido.

O. S. V. Bilbao.—Su dilatada serie de cuentos vascos son mo-

que debe usted hacer y mandar a la poesía a la porra.

B. T. A. Madrid.—Su artículo no vale nada. Si acaso, si acaso, y tratándole con mucha benevo-



EN EL MUSEO

La tía.—¡Ah! Mira niña: aquellos eran otros días. ¡Hasta los caballos llevaban falda larga para ocultar las patas.

De *The Passing Show*.



El conductor del autobús.—Perdón, señora. ¿Tiene usted inconveniente en sentarse en medio del autobús? Porque las ruedas de atrás no tocan en el suelo.

De *The Passing Show*.

tivo suficiente para tomar el tren, buscarle a usted y ponerlos a discutir con una barbaridad de acaloramiento. ¡Pero no lo horenos, porque pudiera usted tener mal genio, y si encima de soportar sus prosas, nos pega, habríamos hecho un negocito de los más saneados!...

Paulite. Barcelona.—No podemos hacer nada con su *Terrible gripe*. Ni siquiera decirle a usted cómo la podría curar; ¡y lo deploramos, porque es bastante grave!

E. C. D. Madrid.—Sus versos se titulan *Siempre lo mismo*. ¿Nuestra contestación? ¡Siempre la misma! ¡¡Que no hay manera de que usted publique nada en BUEN HUMOR, como no sea un anuncio diciendo que va usted a abrir un bar!!

Que, entre paréntesis, es lo

lencia, podrá valer unos noventa céntimos, ¡ni uno más!... Excusado es decir que a ese precio no le conviene a usted publicarlo de ningún modo.

C. O. G. Valencia.—Si nos enviase usted otra cosilla un poco más graciosa que la que nos ha mandado no haría usted ninguna tontería. ¿Qué le parece a usted?

L. L. Madrid.—Es usted pérfido como la onda, alevoso como el rayo, pesado como el terremoto y estúpido como el pinguino. Y tenemos el honor de participarle que sus plumizas cuartillas no las hemos tirado al cesto porque ni el cesto las ha querido.

D. O. B. Burgos.—Los chistes serán aprovechados. Lo otro, que le aproveche a usted.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

PRENSA NUEVA. Calvo Asensio, 3. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

5 BUEN HUMOR



DESPUES DE LOS AÑOS MIL...

EVA.—¿Puedo entrar de nuevo?

LA SERPIENTE.—Entra, si quieres. Pero ~~Ayuntamiento de Madrid~~ tendrás que vestirme algo más.

Dib. ALMITA TAPIA.